

Guadet consintió en tener una entrevista secreta en las Tullerías, adonde se dirigió favorecido por las tinieblas de la noche. Fué introducido por una escalera secreta hasta una habitacion en la que le aguardaban el rey y la reina. La sencillez y la grande hombría de bien de Luis XVI triunfaban al momento de las prevenciones políticas de cuantos hombres de sana intencion se acercaban á hablarle. Acogió el rey á Guadet como á su última esperanza, y ademas de pintarle lo horroroso de su situacion como rey, trató de enternecerle como esposo y como padre. La reina derramó abundantes lágrimas delante del diputado, y la conversacion duró hasta muy entrada la noche. Pidiéronse y se dieron tambien allí varios consejos, de los cuales quizá no se siguió ninguno. En ambas partes reinaba la buena fe, pero en ninguna habia la constancia y resolucion que eran indispensables. Cuando Guadet pidió permiso para retirarse, la reina le dijo si queria ver al Delfín, y sin aguardar su respuesta, tomó ella misma una luz de encima de la chimenea, y condujo al diputado al gabinete en donde el jóven príncipe dormia tranquilamente. Los encantos de su fisonomía, la tranquilidad de su inocente sueño en medio de un palacio tan agitado, aquella madre, jóven aún y reina de Francia, que se escudaba, por decirlo así, con la inocencia de su hijo para mover á compasion á uno de los enemigos más declarados de la monarquía, enternecieron á Guadet. Separó éste con la mano los cabellos que cubrian la cara del Delfín, y le dió un beso en la frente sin despertarle. «Criadle para la libertad, señora,—dijo Guadet á la reina;— ésta es la única condicion de su existencia.» Al mismo tiempo volvió la cara á otro lado para ocultar algunas lágrimas que corrian por sus mejillas.

De esta manera, la naturaleza puede siempre más en el hombre que el espíritu de partido. Extraño espectáculo es el que el destino ofrece á la historia cuando la hace entrar en este aposento, en donde duerme un niño rey y que está alumbrado por una reina. Extraño tambien el ver en él aquel hombre que besa llorando la frente del regio niño, y que nueve meses despues es uno de los que le quitan la corona y entregan la vida de su padre al pueblo. ¡Qué abismo tan grande el de la suerte! ¡Qué noche tan oscura el porvenir! ¡Qué irrisión de la fortuna aquel beso de Guadet! Este salió de aquel cuarto tan conmovido como si hubiera previsto un lazo siniestro que se le tendía. El hombre sensible tenia miedo del hombre político. ¡Así es el hombre! ¡Cuánto mira por su vida!

LIBRO DIEZ Y OCHO.

Tercera comunicacion de Lafayette á la Asamblea.—Alarmas de los patriotas.—Robespierre se mantiene oculto en medio de los nuevos movimientos.—Mociones de Danton.—Lafayette acusado por la Asamblea.—El rey sanciona la suspension de Petion.—Irritacion de los partidos.—Vergniaud toma la palabra.—Carácter y costumbres de éste.—Su educacion.—Su retrato.—Sus discursos.—Carta de los jacobinos á los confederados redactada por Robespierre.—Danton provoca otra nueva peticion en el Campo de Marte.

I

Apénas llegó Lafayette al campamento, cuando por tercera vez volvió á dirigirse á la Asamblea, que oyó su escrito con la mayor indiferencia. «¡Me admiro—dijo Isnard—de que la Asamblea nacional no haya enviado á ese soldado faccioso desde su barra á Orleans!»

La lucha sostenida en los Jacobinos entre Robespierre y los del partido de la Gironda parecia un tanto amortiguada, y ya no rivalizaban sino en sus insultos contra la corte y en las amenazas continuas contra Lafayette. La explosion del 20 de Junio no habia apagado aquel foco de odio. La inaccion de los ejércitos, el peligro cada dia mayor en que se hallaban las fronteras, la actitud equívoca de Lafayette, la retirada de Luckner, á quien se creia cómplice suyo, y la aproximacion de tropas á Paris, fomentaban la ira y las alarmas de los patriotas. Robespierre seguia en su sistema de quedarse siempre á cierta distancia de todos los movimientos; no se comprometia con ninguno de los partidos extremos, y estaba absorto en las consideraciones generales de la causa pública. Observar, ilustrar y denunciar al pueblo todos los peligros que podian sobrevenirle, era el único papel que afectaba representar. Su popularidad era grande, pero fria y razonada como su papel. Los murmullos de los que le escuchaban impacientes interrumpian con frecuencia sus largas arengas en la tribuna de los Jacobinos, en donde devoraba impávido las más crueles humillaciones. Seguro su instinto de la volubilidad de la opinion, parecia revelarle de antemano que en aquel conflicto de movimientos contrarios y desordenados, el imperio sería al cabo del que permaneciese inmóvil y tuviese más paciencia.

Danton hizo unas mociones terribles en los Franciscanos y en los Jacobinos, y parecia que trataba de adquirir fuerza con el mismo escándalo de sus violencias contra la corte. De este modo ocultaba las inteligencias secretas que mantenía en palacio. «Me comprometo—decía—á aterrorizar á esa corte perversa. Ella no desplega tanta audacia sino porque nosotros hemos sido demasiado tímidos. La casa de Austria ha causado siempre las desdichas de Francia. Pedid una ley que obli-

que al rey á repudiar á su mujer y á enviarla á Viena con todos los miramientos y con toda la seguridad que le son debidos.» Este era el medio de salvar á la reina, sirviéndose para hacerlo del mismo odio que se la profesaba generalmente.

Brissot, que se había mantenido por tanto tiempo en buena amistad con Lafayette, concluyó por entregarle á la ira de los jacobinos. «Este hombre—dijo—se ha quitado la máscara. Extraviado por una ciega ambición, se erige en protector, y esta audacia le perderá. Digo mal, le ha perdido ya. Cuando Cromwell quiso hablar como dueño al Parlamento de Inglaterra, estaba rodeado de un ejército de fanáticos y había obtenido muchas victorias. ¿Dónde están los laureles de Lafayette? ¿Dónde están sus sostenes? Nosotros castigaremos su insolencia, y yo probaré su traición. Sí, yo probaré que él quiere establecer una especie de aristocracia constitucional, que para esto se ha puesto de acuerdo con Luckner; finalmente, que con venir á Paris á presentar peticiones á la Asamblea, ha perdido la favorable coyuntura de vencer á nuestros enemigos en las fronteras. No temamos nada, á no ser nuestras divisiones. En cuanto á mí,—dijo volviéndose hácia Robespierre,—declaro que olvido todo lo que ha pasado.» «Y yo—dijo Robespierre despues de haber reflexionado un momento—he sentido que mi corazón se inclinaba á la union y al olvido de lo pasado por el placer que he tenido al escuchar esta mañana el discurso de Guadet en la Asamblea, y por el que experimento ahora al oír el lenguaje de Brissot. Unámonos para acusar á Lafayette.»

Otras peticiones enérgicas de las diferentes secciones de Paris respondieron al pensamiento de Robespierre, de Danton y de Brissot, pidiendo que se hiciese un ejemplar terrible con Lafayette y que se diese una ley sobre el peligro en que se hallaba la patria. Lafayette, al amenazar á la revolucion con su espada, no había conseguido otra cosa que ponerla más furiosa. «Dad un gran golpe,—decían los peticionarios patriotas.—Licenciad el estado mayor de la guardia nacional, esa feudalidad municipal en donde el espíritu de Lafayette vive aún, corrompiendo el patriotismo.»

El pueblo volvió á reunirse en los paseos y jardines públicos. Delante de la casa de Lafayette se formó un gran grupo y quemó un árbol de la libertad que los oficiales de la guardia nacional habían plantado á la puerta para honrar á su general. A cada instante se temía otra nueva invasion de los arrabales. Petion dirigió á los ciudadanos unas proclamas ambiguas, en las cuales, unidas á las recomendaciones paternales del magistrado, iban envueltas varias insinuaciones pérfidas contra la corte. El rey sancionó la suspension de Petion en sus funciones de corregidor de Paris. Los facciosos se indignaron al ver que se les quitaba aquel magistrado, cómplice en todos sus excesos, y llegando la popularidad de aquel hombre á ser una especie de rabioso frenesí, el grito de *¡Petion ó la muerte!* fué la única respuesta dada á aquella medida. Los guardias nacionales y los *sans-culottes* se batieron en el Palacio Real. Los confederados de los departamentos llegaban en pequeñas partidas para reforzar á los de Paris. Las cartas de los departamentos y de las ciudades, traídas á Paris por las diputaciones de estos confederados, respiraban en todos sus renglones la ira nacional. Como muestra de ellas daremos el siguiente fragmento: «¡Rey de los franceses, lee y vuelve á leer otra vez y otras ciento la carta de Roland! ¡Nosotros venimos á castigar á todos los traidores! Es preciso que Francia se reuna en Paris para arrojar de allí á todos los enemigos del pue-

blo. La cita es en las paredes de tu palacio. ¡Vamos allá!» Este era el lenguaje de los confederados de Brest.

El ministro del Interior pidió á la Asamblea una ley contra los sediciosos. La respuesta de la Asamblea fué sancionar aquellas reuniones tumultuosas en Paris, decretando, no contenta con esto, que los guardias nacionales y todos los confederados que se presentasen en la capital fuesen alojados en las casas de los ciudadanos. Intimidado el rey, sancionó este decreto. Resolvióse ademas que se formase otro campo militar en Soissons, y los caminos se cubrieron inmediatamente de hombres que se dirigian á Paris. Luckner evacuó Bélgica sin combatir, y el grito de traición resonó por todo el imperio. Strasburgo pidió entónces refuerzos. El



Rouget de Lisle cantando la *Marsellesa* á la familia Dietrich.—Pág. 413.

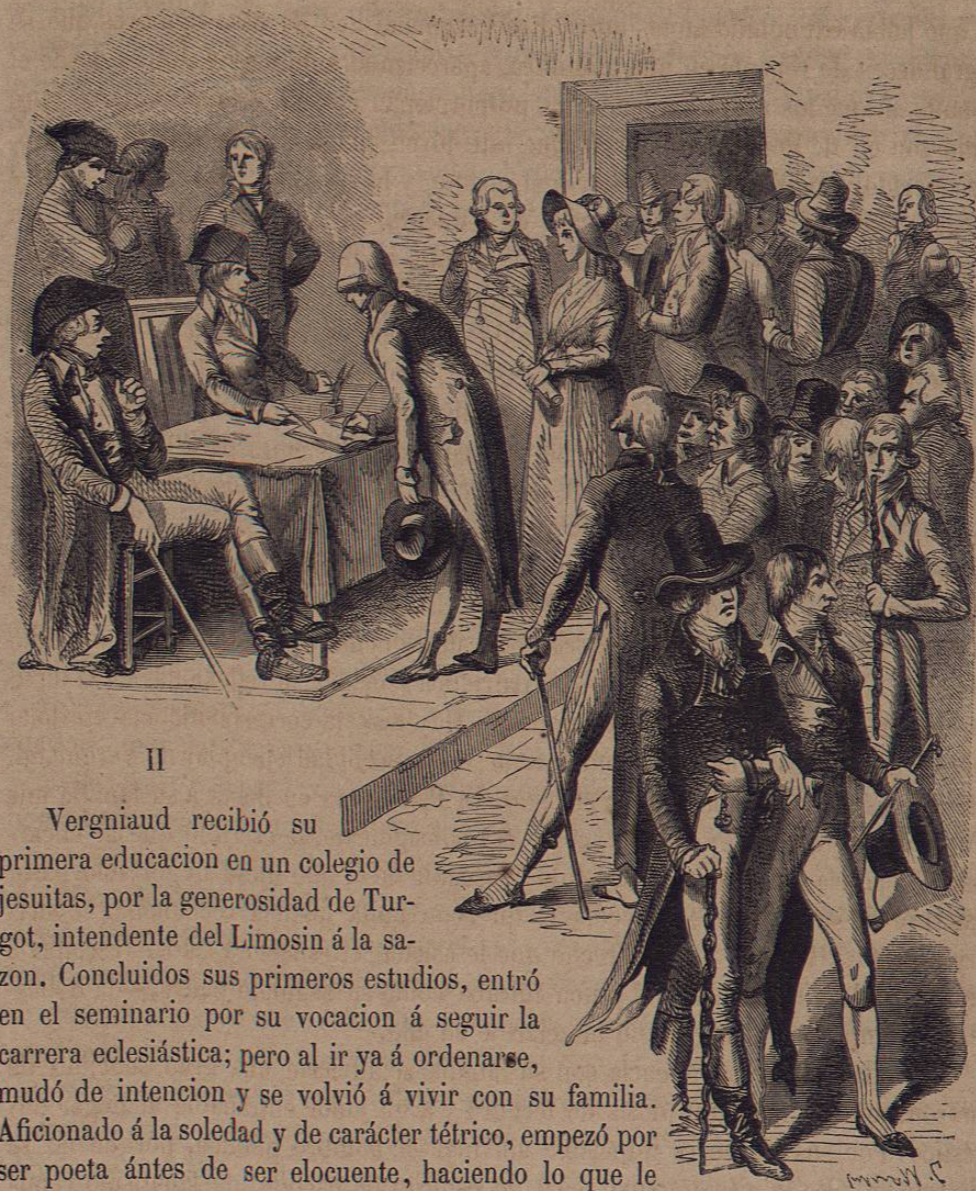
príncipe de Hesse, revolucionario expatriado que se hallaba al servicio de Francia, propuso á la Asamblea que le dejase ir á defender á Strasburgo contra los austriacos, y llevar delante de sí su ataud para que éste le recordase su deber y no le dejase otra perspectiva que la de la muerte. Sieyes pidió que se enarbolase en los ochenta y tres departamentos el estandarte del peligro de la patria. *¡Muerte á la Asamblea, muerte á la revolucion, muerte á la libertad, si la guillotina de Orleans no acaba con Lafayette!* Tal era el grito unánime de los jacobinos.

La Asamblea respondió á estos gritos de muerte con conmociones convulsivas. Una de esas grandes voces que reasumen el grito de todo un pueblo, y que dan á las pasiones públicas la fuerza y la vibración del talento, Vergniaud, en fin, subió á la tribuna el 3 de Julio, y desplegando por primera vez todos sus recursos oratorios, pidió como Sieyes, inspirador y amigo suyo, que se declarase que la patria estaba en peligro.

Elocuente había sido Vergniaud hasta entónces, pero aquel día fué la voz de la

patria, y no dejó de serlo hasta que se extinguió su palabra bajo la acerada cuchilla que habia extinguido tantas otras. Era Vergniaud uno de esos hombres que se engrandecen de repente en una asamblea, apareciendo sublimes y únicos desde el instante en que los acontecimientos les proporcionan ocasion de manifestarse tales como son en sí. Pocos meses hacía que este jóven habia llegado á Paris, oscuro, desconocido, modesto é ignorándose á sí mismo, y habia ido á parar á casa de tres colegas suyos del Mediodía, en la calle de Jeuneurs, en donde le habian cedido un miserable y reducido cuartito. Desde este punto se fué luégo á vivir á un pabellon retirado del arrabal inmediato al jardin del Tivoli. Las cartas que escribia á su familia en aquella época están llenas de pormenores respecto á los apuros en que se veia para subsistir, pues apénas tenia lo suficiente para ello, á pesar de la estricta economía que observaba. Algunos luises que habia pedido á una hermana suya al ir á habitar en la capital, le habian parecido suficientes para poder proveer á su subsistencia por mucho tiempo; pero no tardó en desengañarse al ver la rapidez con que desaparecian, y vemos en una de sus cartas á esta misma hermana, en que le pide ropa blanca, que cuida al mismo tiempo de encargarle que se la envíe por el conducto que sea más barato. Este hombre no pensaba entónces ni en hacer fortuna ni en adquirir gloria, sino únicamente en desempeñar cumplidamente su cometido, asustándose, en su patriótica sencillez, al reflexionar en la terrible mision que Burdeos le habia impuesto. Hay en esta correspondencia epistolar con su familia una prueba tan convincente de la probidad ejemplar de Vergniaud, que no nos es posible pasarla en silencio. El Estado era en deber á su familia una cantidad considerable, y aquélla, como era consiguiente, le escribió que se encargase de hacerla efectiva; mas no pudo conseguir de él que diese ni un solo paso, temeroso de que si se le concedia lo que con tanta justicia reclamaba, se atribuyese esto á favor, y no al derecho que le asistia. «Respecto á esto,—escribia á Mr. Alluaud, cuñado suyo y á quien miraba como su segundo padre,—la delicadeza me impone el deber de no mezclarme en ello.»

En toda su correspondencia con su familia se advierte una gran sencillez de corazon, unida á una gran dósis de ternura y á un amor entrañable al hogar doméstico. Por sus cartas es imposible adivinar el hombre público, porque no se advierte en ellas la más mínima señal de espíritu de partido, de fanatismo republicano ó de rencor al rey, del cual, como tambien de la reina, habla siempre con su familia como de unas personas que le inspiran compasion. «La conducta equívoca del rey—dice en una de ellas—agrava sus peligros y los nuestros. Me han asegurado que hoy vendrá á la Asamblea, pero si no se pronuncia en ella de un modo decisivo, no tardará en suceder alguna gran catástrofe. Muchos esfuerzos hay que hacer para dar al olvido tantos pasos erróneos, que son calificados de traiciones.» En seguida pasa á tratar de lo apurado de su situacion respecto á intereses. «No tengo dinero,—dice,—mis antiguos acreedores de Paris me hostigan, y como no puedo pagarles de una vez todo lo que les debo, me veo obligado á irles dando un tanto cada mes.» Este jóven, al eco de cuya voz cayó un trono, apénas tenia un sitio en donde reclinar su cabeza por las noches, en la capital de un imperio que iba á conmovier de alto abajo con el poderío de su palabra.



II

Vergniaud recibió su primera educacion en un colegio de jesuitas, por la generosidad de Turgot, intendente del Limosin á la sazón. Concluidos sus primeros estudios, entró en el seminario por su vocacion á seguir la carrera eclesiástica; pero al ir ya á ordenarse, mudó de intencion y se volvió á vivir con su familia. Aficionado á la soledad y de carácter tétrico, empezó por ser poeta ántes de ser elocuente, haciendo lo que le acomodaba de su talento, sin que él mismo reparase en las grandes disposiciones con que le habia dotado la naturaleza. Muchas veces se encerraba en su cuarto, y figurándose en su imaginacion que estaba hablando al pueblo, improvisaba discursos cuyo asunto era siempre sobre catástrofes imaginarias. Un dia su cuñado estuvo escuchándole detras de la puerta, y presintió desde aquel instante la gloria que aquel jóven llegaria á adquirir con el tiempo. Inmediatamente le envió á Burdeos á cursar leyes.

El estudiante fué recomendado al presidente Dupaty, escritor célebre y elocuente parlamentario. Este concibió desde luégo grandes esperanzas de aquel jóven, le protegió, le ayudó y le admitió á trabajar con él en su bufete en cuanto estuvo en disposicion de hacerlo. Hay ciertos parentescos de talento muy parecidos á los de la sangre; en este caso, el hombre célebre se hizo padre intelectual del huérfano, recordando su cariño las antiguas protecciones de Hortensio y de Ciceron. «He pagado y continuaré pagando aún la pension de vuestro cuñado,—escri-

Ciudadanos firmando la peticion
contra la jornada del 20 de Ju-
nio.—Pág. 415.

bia Dupaty á Mr. Alluand;—yo mismo le he buscado causas de empeño para que principie á ejercer; no le falta sino tiempo, y algun dia adquirirá mucha gloria en el foro. Ayudadle á proveer á sus más urgentes necesidades; aún no tiene traje de etiqueta; he escrito á su tio excitando su generosidad para que le regale uno, y me prometo conseguirlo. En cuanto á todo lo demas, descansad en mí y confiad en el interes que me inspiran sus infortunios y su talento.»

Pronto justificó Vergniaud los presagios de su ilustrado amigo; pronto adquirió al lado de Dupaty las virtudes austeras de la antigüedad, así como las formas majestuosas del foro romano. Se conocia al ciudadano en el abogado, y el hombre honrado daba autoridad y conciencia á la palabra. No teniendo apénas con qué sostenerse con los primeros honorarios que cobró, tuvo que deshacerse de la corta herencia que tenia de su madre para pagar con su importe las deudas contraidas por su difunto padre, rescatando de esta suerte el honor de su memoria con todo lo que poseia, y llegando á Paris casi indigente. Boyer-Fonfrede y Ducos, de Burdeos, amigos suyos, le dieron mesa y habitacion. Vergniaud descuidaba los medios de adquirir, como todo hombre que tiene la conciencia de su propia fuerza interior, y trabajaba poco, fiado en la suerte y en su naturaleza. Su carácter indolente se complacia en dormir y en abandonarse á la negligencia propia de la edad y del hombre de talento. Era necesario moverle para que despertase de sus goces de jóven y empujarlo á la tribuna ó al consejo; para él, así como para los orientales, no habia punto de transicion entre la ociosidad y el heroísmo; la accion le hacía elevarse, pero se cansaba pronto, y recaía de nuevo en los perezosos ensueños del hombre de talento.

Brissot, Guadet y Gensonné le presentaron en casa de madama Roland, que no le halló ni muy viril ni muy ambicioso, vistas las grandes facultades que le acompañaban. Sus costumbres meridionales, sus gustos literarios y su inclinacion hácia otras bellezas ménos dominantes le hacian frecuentar la sociedad de una actriz del Teatro Frances, llamada madama Simon-Candeille, para la cual escribió bajo nombre supuesto algunas escenas del entónces célebre drama titulado *La belle fermiere* (la linda arrendadora). Aquella jóven, á la vez poetisa, escritora y cómica, desplegaba en este drama todos los encantos de su alma, de su talento y de su hermosura. Embriagábase Vergniaud en esta vida artística, musical, de declamacion y de placeres, apresurándose á gozar de su juventud como si presintiese lo poco que habia de durarle. Su carácter era meditabundo, y perezosos sus hábitos. Levantábase al mediodía, escribía unas cuantas cuartillas, siempre sobre la rodilla como si estuviese muy ocupado y tuviese que aprovechar el tiempo. Sus discursos los componia en los ratos de cavilacion y los retenia en la memoria con el auxilio de notas; su memoria los iba limando á su gusto para darles elocuencia, á la manera que el soldado limpia su armamento en los ratos desocupados; porque este hombre era de tal naturaleza, que no se contentaba con que sus golpes fuesen mortales, sino que, tan celoso del mérito oratorio como de la política, queria además que todo lo que saliese de su boca fuese brillante y magnífico. Una vez dado el golpe, dejaba la réplica á la suerte y se abandonaba de nuevo á la inercia. No era este hombre el de todos los momentos, sino solamente el de las grandes ocasiones.

Era Vergniaud de mediana estatura, pero robusto y bien formado. Unido al aplomo de la estatua del orador, se notaba en él algo del atleta de la palabra. Su

nariz era corta, algo ancha y de ventanillas muy abiertas, indicio claro de altivez; tenia los labios gruesos y muy pronunciados, indicando que habian sido modelados para arrojar la palabra á torrentes, cual lo están los del triton para dar salida á un gran surtidor; sus ojos negros y llenos de fuego parecia que querian saltarse de sus órbitas por debajo de sus bien pobladas cejas; su frente espaciosa y achatada tenia la finura del espejo, y en ella se reflejaba la inteligencia; su cabello castaño ondulaba al menor movimiento de su cabeza, cual le sucedia á Mirabeau; su rostro marcado por las viruelas era semejante al mármol desgarrado por el cincel, y su color pálido tenia la lividez de las emociones profundas. En su estado normal no se hubiera distinguido á este hombre entre la multitud, y hubiese pasado confundido entre las demas gentes, sin llamar la atencion ni fijar las miradas de nadie; pero cuando su alma se dibujaba en su fisonomía, así como se dibuja la luz sobre un busto, el conjunto de su aspecto tenia la expresion del idealismo y el esplendor y la belleza que no se hallaban en ninguna de sus facciones en particular. La elocuencia iluminaba su rostro, y los músculos palpitantes de sus cejas, de sus sienes y de sus labios se modelaban en su pensamiento, confundiéndose éste con su fisonomía: era la transfiguracion del genio. La luz de Vergniaud era la palabra; el pedestal de su belleza, la tribuna: cuando bajaba de ella desaparecia aquella especie de divinidad, y el orador no era más que un hombre como otro cualquiera.

Este es el retrato exacto del célebre patriota que subió el 3 de Julio á la tribuna de la Asamblea nacional, y que con la actitud de la consternacion y de la ira se recogió por un momento en su imaginacion, tapándose los ojos con las manos ántes de empezar á hablar. Lo trémulo de su voz al pronunciar las primeras palabras, su acento grave, áspero y mucho más profundo que de ordinario, unido á su aspecto abatido y á la energía triste y concentrada de su fisonomía, indicaban á las claras la lucha interior de una resolucion desesperada, predisponiendo á la Asamblea á una emocion grande y siniestra como la fisonomía del orador. Era éste uno de aquellos dias en que todo se espera, y en los que nadie se admira de cuanto puede acontecer.

III

«Cuál es, pues,—dijo Vergniaud,—la extraña situacion en que hoy se encuentra la Asamblea nacional? ¿Qué terrible fatalidad es la que nos persigue y que, señalando cada dia con nuevos acontecimientos é introduciendo el desórden en nuestros ordinarios trabajos, nos impulsa sin cesar hácia la agitacion tumultuosa de los temores, de las esperanzas y de la inquietud de las pasiones? ¿Qué destino prepara á Francia esta terrible efervescencia, en cuyo seno casi llega á dudarse si la revolucion retrograda ó se adelanta hácia su término? En cuanto nuestros ejércitos del Norte parece que progresan en Bélgica, los vemos replegarse ante el enemigo; tráese la guerra á nuestro territorio, y á los desgraciados belgas no les queda ya de nosotros sino el fatal recuerdo del incendio que ha alumbrado nuestra retirada. Por la parte del Rhin van llegando cada dia nuevas tropas prusianas, que se escalonan como les place sobre nuestras desmanteladas fronteras. ¿Y cómo se explica que precisamente en el momento de una crisis tan decisiva para la salud de la patria, se paralice el movimiento de nuestros ejércitos, y por una desorganizacion